



LEYENDAS DE OTOÑO

JIM HARRISON

TRADUCCIÓN DE LUIS ALVEAR



errata naturae

VENGANZA

PRIMERA EDICIÓN: marzo de 2019
TÍTULO ORIGINAL: *Legends of the Fall*

© Jim Harrison, 1978, 1979

Published by arrangement with Grove Press,
an imprint of Grove Atlantic, Inc., New York, NY, USA

© de la traducción, Luis Alvear

A pesar de numerosas gestiones no hemos conseguido localizar a este traductor.

Quedamos a su disposición para satisfacer los honorarios
de esta reedición de su trabajo.

© Errata naturae editores, 2019

c/ Alameda 16, bajo A
28014 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-17800-03-1

DEPÓSITO LEGAL: M-41644-2018

CÓDIGO BIC: FA

MAQUETACIÓN: A. S.

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

La venganza es un plato que debe servirse frío.
Antiguo proverbio siciliano

Un pájaro que descendiera (y había un pájaro en pleno descenso, un buitre) no habría podido precisar si el hombre desnudo estaba vivo o muerto. Tampoco el hombre lo sabía, y el pájaro aún dudaba cuando se posó en el suelo y se le acercó de costado, graznando y mirando de soslayo el chaparral que crecía en el arroyo, como si esperase que de un momento a otro aparecieran los coyotes. La carroña no se repartía a voluntad de las partes sino por una norma establecida antes de que nadie supiera de normas. El buitre acababa de comerse una serpiente de cascabel atropellada por un camión en las afueras de Nacozari de García, una pequeña ciudad apartada de las rutas turísticas, a unos ciento cincuenta kilómetros de Nogales. Los coyotes seguirían el descenso del buitre por pura curiosidad, tanto si se habían quedado con hambre tras la caza del día anterior como si se habían saciado. A medida que la temperatura

aumentase en el transcurso de la mañana llegarían más buitres, hasta que la agonía del hombre se hiciera pública.

La luz del amanecer se ahondó y dio paso al día, y el calor secó y coaguló la sangre que manchaba la cara del hombre, y la sangre perdió en gran parte su fresco olor a cobre. El hombre se moría entre espasmos, más por el calor y la deshidratación que por sus heridas. Un brazo torcido, un pecho que era una inmensa magulladura azul, un pómulo aplastado, con un hematoma que iba saliendo como un sol de púrpura, los testículos hinchados a patadas. Y en la cabeza, una herida que oscurecían la arena y los guijarros y lo arrastraba al sueño casi mortal del coma. Sin embargo, todavía respiraba; el aire caliente silbaba por el hueco de un diente roto y, cuando el silbido subía mucho de tono, los buitres se alborotaban. Un coyote hembra y sus cachorros recién destetados se detuvieron, pero sólo un momento; la madre ordenó a su camada seguir, con la advertencia de que esa bestia tan lamentable suele ser peligrosa. Al pasar cabeceó en dirección a un voluminoso y viejo coyote macho que miraba con intensa curiosidad desde la sombra de un peñasco. Cansado de mirar, el macho se adormeció; incluso durmiendo poseía una capacidad de alerta desconocida para nosotros. Tenía la barriga llena de caza, y sólo miraba al moribundo porque era la única cosa interesante con la que se había topado en mucho tiempo. Sin embargo, tan sólo le movía la curiosidad, pues cuando el hombre muriera, el coyote seguiría su camino y lo dejaría a merced de los buitres. Y la suya fue una larga vigilia, puesto que

estaba muy cerca cuando el hombre desnudo fue arrojado del coche la noche anterior.

Con la primera, relativa frescura de la tarde, un bracero mexicano y su hija caminaban por la carretera, haciendo cortas incursiones en la maleza para recoger pedazos de leña de mezquite. Mejor dicho, el hombre marchaba con tenacidad bajo su liviana carga de leña mientras la niña hacía cabriolas, saltando de un pie a otro, brincando y echando a correr para esperar después a su padre. Era su única hija, y no quería dejarle coger leña, por miedo a que la mordiera un escorpión o una coral, una serpiente que, a diferencia de la de cascabel, no avisaba de su presencia, aunque era tímida y retraída y carecía de malas intenciones. Sencillamente, mordía al sentirse acorralada o provocada, para reptar luego hacia el abrigo de otro tronco o piedra donde sosegarse. La niña llevaba una Biblia. Ayudaba en la cocina de la misión menonita, donde su padre era guarda desde hacía mucho tiempo.

La niña empezó a cantar y así espantó a los buitres unos cien kilómetros carretera abajo. De todos modos, estaban a punto de marcharse a la seguridad de sus rocosos cobijos, antes de que cayera la tarde. El coyote se retiró un poco más lejos, hacia la espesa sombra. Había reconocido las voces del hombre y de su hija, y por sus siete años de vida sabía que no eran peligrosos. Los había observado incontables veces en su camino hacia la misión sin que ellos le vieran nunca. Las grandes aves, al levantar el vuelo bajo el sol de la tarde, llamaron la atención del padre, que apresuró el paso. Tenía la curiosidad del cazador, no muy

distinta de la del coyote, y recordó el día en que encontró un gran ciervo que acababa de despeñarse persiguiendo el vuelo descendente y circular de los buitres. Mandó a su hija que esperara a distancia y se adentró con cautela en el denso chaparral que bordeaba la carretera. Oyó una respiración agitada y un débil silbido y abrió rápidamente una larga navaja de mango nacarado. Se arrastró sigiloso hacia el lugar del que llegaba el silbido; olfateó un rastro de sangre mezclado con excrementos de buitre. Entonces vio al hombre, él mismo silbó también y se arrodilló para tomarle el pulso. De vez en cuando había acompañado al misionero, que también era médico, en sus visitas por las montañas, y había aprendido primeros auxilios. Luego se puso de pie, volvió a silbar al unísono con el moribundo y miró al cielo. Era de sangre casi totalmente india, y su primer impulso fue alejarse de allí y evitar todo contacto con los federales. Pero al recordar que el médico estaba a buenas con éstos, el hombre pensó también en la parábola del buen samaritano, así que dirigió al cuerpo una mirada algo fatalista, como si dijera: «Voy a ayudarte, pero me parece que es demasiado tarde».

Salió de la maleza y mandó a su hija que fuera corriendo a la misión, que estaba menos de un kilómetro valle abajo. Acucillándose entonces en la calzada, se puso a remover los guijarros con la hoja de su navaja. Ver a alguien tan gravemente herido había acelerado los latidos de su corazón, pero se dedicó a ensayar con serenidad su versión del hallazgo. Además de cazador, en su juventud había sido bandido de poca monta, y sabía que cuando se

habla con las autoridades es mejor contar las cosas con sencillez.

En la misión, Diller estaba sentado ante su lomo de cerdo asado con chucrut y patatas y su radio de alta frecuencia sintonizada con una emisora mariachi de Chihuahua. Aunque su condición de menonita le obligaba a rechazar oficialmente el uso de las radios, se sentía merecedor de ciertas concesiones y había empezado a escuchar esta música diez años antes, cuando llegó a la misión, con el pretexto de acelerar su aprendizaje del español coloquial. Enorme y rubicundo, le gustaba acompañar la música dando grandes berridos que eran la diversión de las mujeres de la cocina. La Iglesia prohibía el alcohol y el tabaco, pero Diller se daba a un vicio permitido: la gula. Saboreaba el lomo de cerdo que le preparaban cada jueves por la noche, única reminiscencia de su vida en Estados Unidos. Él prefería con diferencia la comida mexicana, que consumía en cantidades tales que le hacían famoso en toda la región. No es que no fuese profundamente devoto, pero se daba cuenta de que era su calidad de doctor, su pericia médica, la que daba popularidad en aquella empobrecida región montañosa al cristianismo que él preconizaba. Ya no volvía a Estados Unidos para disfrutar de su mes de permiso anual. Le aburría pasarse treinta días en Dakota del Norte rezando por los paganos de todo el mundo. Diller prefería los paganos y la agreste belleza de aquella tierra, su abnegada ironía y su fatalismo precristiano. Le gustaba comer los pollos, cerdos, lechones, cabritos y corderos que la

gente le regalaba cuando obraba algún milagro médico. Hasta le gustaba Antonio, su insensato enfermero marica, que a todas horas urdía excusas para escabullirse a Nogales o a Hermosillo. El año anterior, el director de las misiones había visitado e interrogado a Diller: se preguntaba si Antonio no era «algo raro». Diller se hizo el tonto; apreciaba demasiado la maña de Antonio para preparar platos selectos, que no estaban al alcance de un cocinero cualquiera, y le gustaba también oírle cantar baladas, aunque tendiera, cuando las cantaba, a invertir el género gramatical en sus canciones.

Diller lanzó un gemido cuando la hija de Mauro irrumpió en la habitación anunciando que había un hombre herido arriba, en la montaña. Mientras ella llevaba trabajosamente el maletín de médico a la furgoneta Dodge que, cubierta con una lona y con un catre detrás, servía de ambulancia, Diller la seguía con la mirada y escarbaba en la cacerola. Lo que más le gustaba del chucrut era el fondo, donde se concentraba la grasa del cerdo. Se detuvo en el porche de la hacienda y aspiró profundamente el aroma del aire vespertino; estiércol y suaves especias, flores aplastadas, flores en putrefacción; el olor de las rocas recalentadas y de la arena, que se desvanecía en la noche. Amaba aquel valle, que incluso bajo el más brillante sol se antojaba sombrío y tenebroso.

Cuando llegaron, Mauro sostuvo la linterna mientras Diller se limpiaba en los pantalones la grasa de cerdo que tenía en las manos, se inclinaba sobre el cuerpo tendido, musitaba una plegaria y hacía su inspección y diagnóstico.

Aunque probablemente el hombre viviría, la cosa se decidiría durante las próximas veinticuatro horas, tan grave era la deshidratación. El cráneo no estaba fracturado, pero los rápidos, brevísimos movimientos de los globos oculares atestiguaban lo profundo de la conmoción. Diller sacó su lápiz-linterna del maletín e, inclinándose sobre el hombre desnudo, advirtió la protuberancia del disco óptico: edema papilar, una grave conmoción. Luego, recorriendo diestramente con las manos el cuerpo del hombre, comprobó que sólo tenía fracturadas las costillas y el brazo izquierdo. Diller deslizó las manos bajo el cuerpo del hombre y lo levantó. Mauro recogió el maletín y marchó delante con la linterna.

De vuelta en la clínica, Diller trabajó toda la noche, secundado por Mauro. Hubiera querido tener a Antonio de ayudante, pero éste había desaparecido con las habituales falsas excusas. A Diller le desconcertaba un tanto su paciente. A la luz de la linterna había supuesto que era otra desgraciada y maltrecha víctima de las guerras de la droga que asolaban la frontera. Tales refugiados proporcionaban a Diller algunos de sus casos más interesantes, y le permitían dejar de lado la rutina de los ancianos cancerosos a quienes medicaba con el potente Dilaudid para hacer menos penosa su subida al cielo. Cuando le lavaron y limpiaron la sangre, el hombre desnudo resultó ser un gringo puro; tenía el pelo muy bien cortado, en la boca el trabajo de un buen dentista, las uñas arregladas y una definida línea de demarcación del bronceado sobre

un cuerpo en buena forma, atributos todos que hacían de él un improbable contrabandista.

Cerca de la madrugada, Diller sonrió al comprobar la mayor firmeza del pulso y la reacción a los líquidos intravenosos. Exploró cautelosamente el maxilar destrozado que, si el hombre lo deseaba, requeriría más adelante la intervención de un cirujano plástico. Mauro le lavó con vinagre las quemaduras del sol y aplicó compresas calientes en los testículos hinchados, riendo con fatiga, porque se trataba de un trabajo que le iba mucho más a Antonio. El doctor sonrió a su pesar; no era posible seguir con remilgos por esas cuestiones. El doctor cantó «La paloma» mientras le vendaba las costillas; Mauro intervenía donde aquella espléndida tonada incluía gorgoritos.

Mauro y el doctor llevaron al hombre a la única habitación individual de la clínica y después salieron al porche, donde la hija de Mauro les sirvió café con las primeras luces del alba. Diller guiñó el ojo a Mauro, le dió un Dexamyl y él se tomó otro. Mauro sonrió por aquel secretillo que se permitían en casos de urgencia, cuando no era posible dormir, aunque hubiera preferido con mucho gusto echar mano de la botella de mezcal que tenía escondida debajo de la cama porque en la capilla había renunciado públicamente al alcohol. Los pensamientos del doctor eran en ese momento los mismos: sólo una vez en su vida de adulto había probado el alcohol. Tiempo atrás, en su segundo año de misionero, su mujer le había abandonado para siempre con la histérica explicación de que no podía soportar la vida en México y que había dejado de quererle.